

SECCIÓN TEÓRICA

LA NATURALEZA DE LA BELLEZA

Alejandra Roncancio
Universidad de los Andes

La belleza humana ha constituido un asunto de interés central en el desarrollo de las artes, las letras y el discurrir cotidiano de hombres y mujeres a lo largo de la historia. En diferentes ocasiones se ha dado un fuerte carácter subjetivo a la consideración de lo que es bello, con afirmaciones como "la belleza está en el ojo del observador". Sin embargo, la evidencia que proporciona la vida diaria, además de la recogida por investigaciones de alcance transcultural (Langlois, Ritter, Roggman y Vaugh, 1991; Cunningham et al, 1995) hace que se considere plausible la existencia tanto de ciertos rasgos físicos que resultan más atractivos que otros para observadores cuyo origen geográfico y cultural es disímil, como de mecanismos perceptuales y circuitos cerebrales que promueven y estimulan la percepción y la preferencia por ciertas características faciales y corporales humanas.

El acuerdo transcultural en juicios acerca del atractivo de una persona, se da incluso al interior de grupos marginados de la influencia de cánones occidentales de belleza que permanentemente son expuestos y alentados a través de los medios masivos de comunicación. El mecanismo de propagación de conceptos e ideales estéticos mediante la publicidad y la televisión ha sido invocado muchas veces como explicación de la homogenidad de las preferencias por ciertas características en el físico de hombres y mujeres. Sin embargo, el hallazgo de juicios similares en grupos aislados del influjo occidental hace que se consideren explicaciones adicionales. Tales explicaciones aluden a los rasgos que como seres humanos compartimos con respecto de las estructuras biológicas y los mecanismos psicológicos que presentamos como especie, y no sólo a las diferencias que aparecen en el comportamiento como producto del aprendizaje y de los factores que constituyen el medio social y cultural en que crecimos. Si la belleza estuviera en el ojo de cada observador, como dice el refrán, las percepciones del atractivo variarían idiosincráticamente de persona a persona (Rhodes, et al., 2001). Más bien, es probable que la preferencia por ciertas características no sea solo el resultado de la expresión de la subjetividad o del aprendizaje cultural; posiblemente la preferencia por lo que es bello ha sido sistemáticamente alejada desde la aparición de los primeros miembros del género *homo* -hace aproximadamente 2.5 millones de años- y las consecuencias de optar por rasgos atractivos tienen un significado desde la perspectiva de la evolución humana.

Las interpretaciones evolutivas de la conducta centran sus análisis en los factores distales que, como la ecología y la inversión de los padres en la reproducción, al actuar sobre las dinámicas poblacionales de largo plazo, han moldeado las bases de la conducta de las especies, incluida la humana (Cunningham, Druen & Barbee, 1997). De otro lado, la psicología social tradicional tiende a enfatizar sobre el papel que juegan otras variables más proximales en la explicación de la conducta, como por ejemplo, los roles sociales y el aprendizaje.

En distintos aspectos además de la belleza, las preferencias humanas han experimentado transformaciones en las diferentes sociedades y períodos históricos. Al respecto y para no perder de vista las dos perspectivas mencionadas, puede decirse que las estructuras sociales se edifican sobre predisposiciones genéticas en el proceso de optimizar el ajuste entre las necesidades humanas particulares y las realidades físicas(Cunningham, Druen & Barbee, 1997).

Las culturas y las normas sociales pueden adaptarse más rápido que los genes humanos a un entorno cambiante, haciendo del aprendizaje una forma poderosa de ajuste a las condiciones del medio. Sin embargo, el argumento no debe extrapolarse al punto de atribuir la conformación de tendencias generales y estables en el tiempo a influjos culturales como los medios masivos de comunicación. En el caso de la belleza, las presiones de conformidad social, como son la publicidad y la información que circula por los medios de comunicación, pueden hacer cambiar las evaluaciones en diferentes aspectos, aunque deben reconocerse límites en la magnitud con que las fuerzas sociales pueden alterar los juicios que tienen significado evolutivo (Cunningham, Druen & Barbee, 1997).

He partido de la idea de que la belleza ha sido percibida como tal desde los albores de la historia humana, es decir, que cierta apariencia física -facial y corporal- ha provocado en las personas reacciones que en general pueden definirse como de atracción, incluso antes que se manejara un lenguaje que permitiera disertar acerca de la misma o intentar conceptualizarla. Lo que sugiere que no necesariamente somos conscientes de las razones evolutivas que existen tras nuestras reacciones estéticas, sino simplemente que "...éstas son las presiones que han conformado tales reacciones a medida que ha ido evolucionando el cerebro humano"(Etcoff, 2000, p.32).

Selección de los más bellos

Probablemente y tal como sucede en otras especies

animales, los primeros *Homo sapiens* observaron diferencias físicas entre ellos, dándose así la posibilidad de preferir unas u otras formas corporales como un criterio de escogencia en situaciones tales como la tendencia a proteger a unas crías más que a otras, o a elección de parejas para la reproducción. Basados en la evidencia que demuestra que la elección de parejas en otras especies no es simplemente producto del azar sino que es predecible a partir de características físicas observables (entre otras) que otorgan ventajas reproductivas a sus portadores, puede pensarse que aquello a lo que llamamos belleza jugó un papel en nuestra especie incluso precediendo la aparición del lenguaje y el florecimiento de la cultura, actuando por lo menos como una presión de selección. El proceso de selección natural pudo haber direccionado las preferencias con respecto de la belleza, puesto que las respuestas de atracción física están relacionadas con la sexualidad y la reproducción. Así, algunas personas pudieron estar más predispuestas que otras a atender a la presencia de atributos físicos específicos en sus parejas. Si la apariencia fué asociada con la posesión real de cualidades adaptativas como juventud, salud, madurez sexual, estatus social o disposición para criar, entonces aquellos que seleccionaron sus compañeros sexuales tomando como criterio esas cualidades, pudieron haber dejado más descendencia que sus pares (Cunningham, Roberts, Barbee, Druen & Wu, 1995). Si la asociación entre cualidades superficiales y adaptación biológica fué más alta que la esperable por azar, la frecuencia de tales preferencias pudo haberse incrementado (Buss, 1985). No se cuenta con evidencia de que haya una contribución genética a las preferencias en otras apreciaciones estéticas. Lo anterior sugiere que una porción de la atracción generada por características físicas atractivas evolucionó haciendo de estos atributos, símbolos de adaptación biológica o social. Así, la atención sobre la belleza exterior pudo haberse derivado de la necesidad de detectar cualidades interiores deseables (Cunningham, Roberts, Barbee, Druen, & Wu, 1995). Dado que los individuos suelen percibir el atractivo de una manera global, más que centrarse en atributos faciales individuales y su significado, la asociación existente entre la atracción hacia un rostro o un cuerpo y el posible sentido adaptativo de sus características no es consciente.

Por supuesto, la anterior resulta una versión incompleta del origen, significado y las posibles funciones de la belleza en los seres humanos, siendo tan sólo un punto de partida que permite dimensionar la importancia de un hecho que en repetidas ocasiones se ha procurado negar: aún en el mundo moderno cuyos avances en gran parte han liberado a la humanidad de las presiones de selección, la belleza otorga a quien la posee, ciertas pequeñas ventajas en la vida diaria (Etcoff, 2000).

La idea de que se parte, de ninguna manera intenta negar que diferentes aspectos de los juicios sobre la belleza humana pueden estar influidos por la cultura y la historia individual, pero los rasgos geométricos generales de un rostro y las proporciones corporales que propician la percepción de la belleza posiblemente tienen carácter universal (Etcoff, 2000).

REFERENCIAS

- Buss, D.M. (1985). Human Mate Selection. *American Scientist*, 73, 47-51.
- Cunningham, M.R., Druen PB., & Barbee A.P. (1997). Angels, mentors, and friends: Trade-offs among evolutionary, social and individual variables in physical appearance. In J.A. Simpson and D.T. Kenrick, (Eds.), *Evolutionary Social Psychology*. Mahwah, NJ: Erlbaum, pp. 109-140.
- Cunningham, M.R., Roberts, A.R., Barbee, A.P., Druen, P.B., & Wu, C.H. (1995). "Their ideas of beauty are, on the whole, the same as ours": Consistency and variability in the cross-cultural perception of female physical attractiveness. *Journal of Personality and Social Psychology*, 68, 261-279.
- Etcoff, N (2000). *La supervivencia de los mas guapos: La ciencia de la belleza*. Barcelona, España: Debate.
- Langlois J.H., Ritter J.M., Roggman L.A. & Vaughn L.S. (1991). Facial Diversity and Infant Preferences for Attractive Faces. *Developmental Psychology*, 27(1), 79-84.
- Rhodes, G., Zebowitz, L. A., Clark, A., Kalick, S.M., Hightower, A. & McKay, R. (2001). Do facial averageness and symmetry signal health?. *Evolution and Human Behavior*, 22, 31-46.

